

**70° ANIVERSARIO DE CREACIÓN DE LA ACADEMIA  
DIPLOMÁTICA DEL PERÚ JAVIER PÉREZ DE CUÉLLAR  
PALABRAS DEL SEÑOR CANCELLER ELMER SCHIALER**

Lima, 18 de agosto de 2025, 16:00 horas  
Salón de Embajadores.

(Vocativos)

Muy buenas tardes,

Me es sumamente grato dirigir estas palabras en ocasión del septuagésimo aniversario de la Academia Diplomática del Perú – Javier Pérez de Cuéllar.

La historia de la Academia Diplomática del Perú, que lleva con orgullo el nombre del primer y único Secretario General latinoamericano en la historia de las Naciones Unidas, está estrechamente vinculada a la trayectoria de Torre Tagle y sus permanentes esfuerzos en favor del fortalecimiento de la institucionalidad del Estado y de la diplomacia peruana.

Su fundación en 1955 no fue un hecho aislado, sino una decisión estratégica: constituir el centro superior de formación profesional e investigación del Ministerio de Relaciones Exteriores; ser la única vía de acceso a la carrera diplomática; y asumir la responsabilidad tanto de la formación integral de los aspirantes al Servicio Diplomático como del perfeccionamiento continuo de sus funcionarios.

Hoy contamos con 62 promociones y 1,175 egresados. Todos ellos – nosotros – formamos parte de una historia de institucionalidad y meritocracia que la Cancillería ha promovido de manera decidida a lo largo de su historia.

Señoras y señores,

Cuando uno mira la historia de la Academia Diplomática, a lo largo de estas siete décadas, comprende que la política exterior del Perú ha debido navegar mares complejos, con olas de cambio que, aunque originadas lejos, siempre nos han alcanzado.

La Academia —al igual que nuestra Cancillería— ha sabido adaptarse y su historia constituye un reflejo de las tendencias y transformaciones del sistema internacional. Cada cambio global ha dejado huella en sus aulas, en sus planes de estudio y en la manera en que forma a los diplomáticos que asumirán el manejo de la política exterior peruana.

En 1955, año de creación de la Academia, el mundo aún se recuperaba de la Segunda Guerra Mundial. Gran parte de Europa en ruinas, las bombas atómicas en Japón y el horror de un conflicto sin precedentes en otras regiones del planeta habían dejado una lección dura: la paz no se preserva sola.

Se intenta, entonces, nuevamente un orden internacional basado en la cooperación multilateral, y en la idea de que las naciones podían resolver sus diferencias en una mesa de negociación, como lo fue la Paz de Westfalia, el Congreso de Viena

de 1815 o la Liga de Naciones. Pero, al mismo tiempo que las Naciones Unidas y el multilateralismo ganaban protagonismo, nacía la Guerra Fría: el mundo se dividía en dos bloques, y la amenaza nuclear se convertiría en un fantasma permanente.

A ello se sumaba el proceso de descolonización en Asia y África, dando origen a un “Tercer Mundo” que, en Bandung, proclamó su derecho a no alinearse con ninguna de las potencias. El Perú sería, años después, un miembro sumamente activo de este Movimiento.

En este contexto global, el Perú comprendió que, ante un escenario con más actores, más temas, más complejo, era necesario institucionalizar la formación académica y de política exterior de los diplomáticos peruanos. En un momento, además, en que la política exterior peruana apostaba por reforzar nuestra presencia en foros multilaterales y diversificar nuestras relaciones a nivel global.

En otro período histórico, específicamente a principios de los años ochenta, cuando yo era estudiante de la Academia, entre 1982 y 1984, el mundo vivía las tensiones finales de la Guerra Fría. Eran años en los que, cada mañana, uno abría los periódicos y se encontraba con noticias que revelaban el agitado ritmo en el curso de la historia.

En nuestra región, la Guerra de las Malvinas en 1982 nos recordó que la fuerza seguía siendo un recurso relevante en las disputas internacionales y que el TIAR de la OEA tenía límites. Recuerdo con claridad cómo, desde las aulas, seguíamos cada

noticia, conscientes de que la vocación pacifista del Perú podía y debía convivir con un profundo sentido de solidaridad latinoamericana. En Centroamérica, los conflictos armados en El Salvador y Nicaragua mantenían viva la confrontación ideológica.

En el plano económico, la región entera enfrentaba la crisis de la deuda externa, que desembocaría en lo que muchos llaman la “década perdida” para América Latina.

Pero más allá de las noticias, lo que más marcó mi paso por la Academia fueron las personas y las ideas que nos formaban. Que nos formaban precisamente para enfrentar el complejo escenario internacional que seguíamos con tanta atención.

Ya destacaban varios exponentes y figuras vinculadas a Torre Tagle que contribuyeron a moldear el pensamiento de tantas promociones. Recuerdo, por ejemplo, haber estudiado el pensamiento de Carlos García Bedoya, pionero como primer profesor de la Academia en dictar el curso de “Teoría de las Relaciones Internacionales” en 1969. Él impulsó una visión de política exterior audaz e independiente, convencido de que el Perú debía hablar con voz propia en el concierto de las naciones, sin ataduras, consciente de sus “hipotecas” y con claridad de principios. En esencia, el antecedente a la “neutralidad activa” que propugnamos hoy.

Eran tiempos de estudio intensos, sí, pero también de aprendizaje profundo. La Academia nos formaba en derecho internacional, negociación y economía, entre otras disciplinas; pero, sobre todo, nos enseñaba a ser, al mismo tiempo, defensores de la

paz, gestores de los intereses del país y funcionarios siempre al servicio del Perú.

Y así, llegamos a la actualidad.

La comunidad internacional enfrenta grandes desafíos. En materia de seguridad, somos testigos, casi en tiempo real de los conflictos en Europa y en Medio Oriente. Catástrofes naturales y emergencias humanitarias en otras regiones que, lamentablemente, pasan prácticamente desapercibidas. Surgen nuevas tecnologías, como la inteligencia artificial, que plantean inmensos desafíos al sistema de gobernanza global.

Mientras tanto, la polarización —tanto al interior de los Estados como entre ellos— está configurando nuevas alianzas y proyecciones geopolíticas.

Frente a este panorama, la Academia ha sabido adaptarse a los nuevos tiempos, impulsando la actualización de su propuesta formativa. Este proceso ha implicado una evaluación integral de las prioridades de la Cancillería y de las competencias que se esperan de sus futuros diplomáticos.

Al mismo tiempo, la Academia ha transmitido a los alumnos de sucesivas promociones que el funcionario diplomático debe siempre poner al Perú primero, debe siempre priorizar el servicio al país. Debe siempre estar en constante perfeccionamiento, para cultivar los conocimientos y habilidades necesarias para ejecutar la política exterior con eficacia. Además, debe poseer los dones y cualidades

que el ilustre Alberto Ulloa Sotomayor describió requiere todo negociador: la claridad; el orden; la fineza; la moderación; la firmeza y la cultura general.

El objetivo es claro: responder a las exigencias de una diplomacia global en constante cambio y asegurar que cada egresado cuente con el perfil, las herramientas y la visión necesarias para enfrentar los desafíos de un mundo en permanente transformación, cuyos escenarios futuros son imprevisibles.

Por ello, a lo largo de estas siete décadas, con un *leitmotiv* constante de promoción de la paz, defensa y promoción de los intereses nacionales, la Academia Diplomática del Perú ha forjado un prestigio internacional bien ganado, reflejado en la trayectoria de sus egresados, fieles representantes de la diplomacia peruana en todos los rincones del mundo.

Ese reconocimiento internacional se ve reafirmado este año con un hecho significativo: la realización, en Urubamba, Cusco, en noviembre, de la 51ª Reunión Anual del Foro Internacional de Formación Diplomática (IFDT), que congregará a más de 80 instituciones de formación diplomática del planeta. Que este encuentro se celebre en nuestro país no es solo un honor, sino también un testimonio del papel que la Academia desempeña como referente regional y global en la formación de diplomáticos comprometidos con la paz, la cooperación y el prestigio del Perú.

Muchas gracias.